

PALABRAS SOBRE LAS PALABRAS*

VÁCLAV HAVEL

Dramaturgo
Presidente de Checoslovaquia

En el principio era el Verbo, la Palabra; así se afirma en la primera página de uno de los libros más importantes que conocemos. Esto quiere decir que la Palabra de Dios es la fuente de toda creación. Pero, con seguridad, lo mismo puede afirmarse, de manera figurada, sobre toda acción humana. Y, por cierto, podemos decir que las palabras son la fuente misma de nuestro ser, en verdad la sustancia misma de la forma de vida cósmica que llamamos Hombre. El Espíritu, el alma humana, la conciencia de nosotros mismos, nuestra facultad de generalizar y formular conceptos, de percibir el mundo como mundo (y no meramente como el lugar donde vivimos) y, por último, nuestra voluntad de vivir aun sabiendo de que un día moriremos, ¿no surgen acaso por medio de las palabras, o aun son directamente creados por ellas?

Si la Palabra de Dios es fuente de toda la creación divina, esa parte de ella que es la raza humana sólo existe como tal gracias a otro de los milagros de Dios: el milagro del lenguaje humano. Y si este milagro es la clave de la historia de la humanidad, también es la clave de la historia de la sociedad. Más aún,



bien puede ser lo primero justamente porque es lo segundo. Porque lo concreto es que si no fuesen un medio de comunicación entre dos o más *yoes* humanos, quizás las palabras no existirían en absoluto.

Hemos sabido todo esto —o al menos se lo ha sospechado— desde tiempos inmemoriales. Nunca ha habido una época en que no estuviera presente en la conciencia humana la noción de la importancia de las palabras.

Pero eso no es todo: gracias al milagro del lenguaje, tal vez sepamos mejor que los otros animales que en verdad sabemos muy poco; en otras palabras, estamos conscientes de la existencia del misterio. Enfrentados al misterio —y sabiendo al mismo tiempo que las palabras virtualmente nos dan forma— hemos tratado sin cesar de penetrar lo que está oculto por el misterio, y de influir sobre ello con nuestras palabras. Como creyentes, oramos a Dios; como magos, invocamos o conjuramos los espíritus, empleando las palabras para intervenir en los acontecimientos naturales o en los humanos. Como súbditos de la civilización moderna —y seamos creyentes o no—, usamos las palabras para construir

* Este artículo fue originalmente publicado en el diario *El Mercurio*, sección Artes y Letras, 25 de febrero 1990. Reproduce los párrafos principales del discurso pronunciado por Havel en la recepción del Premio de la Paz que le otorgó la Asociación de Libreros Alemanes en octubre de 1989.

teorías científicas e ideologías políticas con las cuales explicar o reorientar, con éxito o sin él, el curso misterioso de la historia.

En otras palabras, estemos conscientes de ello o no, y como fuere que lo expliquemos, una cosa parecería evidente: siempre hemos creído en el poder de las palabras de cambiar la historia, y acertadamente, en cierto sentido.

¿Tiene realmente la palabra humana el poder de cambiar el mundo e influir sobre la historia? Y, en caso de que haya habido épocas en que ejerció ese poder, ¿lo conserva hoy?

Resido en un país en que la autoridad y el efecto radiactivo de las palabras se demuestran regularmente con las sanciones que se imponen todos los días a la libertad de expresión. Hace poco, el mundo entero conmemoró el bicentenario de la gran Revolución Francesa. Inevitablemente, recordamos la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos, que proclama que cualquiera de ellos tiene derecho a poseer una imprenta. En los mismos días, esto es, exactamente 200 años después de esa Declaración, mi amigo Frantisek Stárek fue condenado a dos años y medio de prisión por publicar el periódico cultural independiente *Vokno*, y no en una imprenta privada sino con una fotocopiadora desvencijada y antediluviana. Poco tiempo antes, mi amigo Ivan Jirous fue sentenciado a 16 meses de cárcel por criticar, en un artículo mecanografiado, un hecho que todos saben: que en nuestro país se han visto muchos asesinatos judiciales, y que aún hoy es posible que una persona condenada injustamente muera en prisión por los malos tratos. Petr Cibulka, otro de mis amigos, está encarcelado por distribuir textos *samizdat* y discos de cantantes y grupos musicales contestatarios.

Sí, todo eso es cierto. Vivo en un país en que un congreso de escritores o un discurso pronunciado en él puede remecer al sistema. ¿Se imaginan algo semejante en la República Federal de Alemania? Sí, vivo en un país que hace 21 años fue sacudido por un texto de la pluma de mi amigo Ludvík Vaculík. Como si

hubiera querido confirmar mis conclusiones sobre el poder de las palabras, tituló su declaración **Dos Mil Palabras**. Entre otras cosas, ese manifiesto sirvió de excusa para la invasión de nuestro país que lanzaron una noche cinco ejércitos extranjeros. Y en modo alguno es casualidad que mientras escribo estas palabras, el régimen actual de mi patria se ve remecido por un texto de una sola página, titulado —una vez más, ratificando lo que digo— **Algunas Palabras**. Sí, realmente habito en un sistema en que las palabras son capaces de sacudir toda la estructura del gobierno, en que las palabras pueden ser más poderosas que diez divisiones militares, en que la verdad contenida en las palabras de Solzhenitsyn se consideró tan peligrosa que fue necesario arrojar a su autor al interior de un avión y deportarlo. Sí, en la parte del mundo en que yo vivo, la palabra Solidaridad fue capaz de estremecer todo un bloque de poder.

Vivimos en un mundo en el cual es posible que un ciudadano de Gran Bretaña se vea convertido en blanco de la flecha mortal que apunta contra él —pública y descaradamente— un poderoso de otro país, por el solo hecho de haber escrito determinado libro. Este poderoso lo hizo, aparentemente, en nombre de millones de sus correligionarios. Y además, puede ocurrir en este mundo que parte de esos millones —esperamos que sólo una pequeña parte— adhiera a la pena de muerte decretada.

¿Qué ocurre? ¿Qué significa esto? ¿No es más que una fría explosión de fanatismo, que revive extrañamente en la era de los diversos acuerdos de Helsinki, que es insólitamente resucitado por las muy debilitadoras consecuencias de la muy debilitadora europeización de mundos que inicialmente no tenían interés alguno en la fuerza de la civilización foránea, y por efecto de ese bien ambiguo terminaron agobiados por deudas astronómicas que jamás podrán pagar?

Es, por cierto, todo eso.

Pero hay algo más. Esto es un símbolo. Un símbolo del poder misteriosamente ambiguo de las palabras.

La cuestión es que junto a las palabras de Rushdie tenemos la de Jomeini. Palabras que electrizan a una sociedad con su libertad y su verdad se enfrentan a palabras que hipnotizan, engañan, inflaman, enfurecen, confunden, palabras que son nocivas, aun mortíferas. La palabra como dardo.

No creo que deba ir muy lejos para explicar, especialmente a ustedes, la fuerza diabólica de algunas palabras: tienen la experiencia directa muy reciente de los horrores históricos indescriptibles que pueden engendrar, en determinadas constelaciones políticas y sociales, las palabras hipnóticamente fascinantes, aunque del todo desquiciadas, de un solo pequeñoburgués común y corriente. Reconozco que no logro entender qué fue lo que transfiguró a tan gran número de vuestros padres y vuestras madres, pero al mismo tiempo advierto que debió ser algo extremadamente irresistible, y también extraordinariamente perverso, si fue capaz de confundir, como quiera que brevemente, hasta a ese genio grandioso que dio un significado tan moderno y penetrante a las palabras: *Sein* (Ser), *Da-Sein* (Ser- Ahí, Ser- el Ahí) y *Existencia*.

Lo que pretendo demostrar es que las palabras son un fenómeno misterioso, ambiguo, ambivalente y, también, pérfido. Pueden ser rayos de luz en medio de la oscuridad, como dijo Belinsky de la Tormenta de Ostrovsky. También tienen la posibilidad de ser dardos mortales. Lo peor es que en ocasiones son una cosa y otra. ¡Y hasta simultáneamente!

Las palabras de Lenin, ¿qué fueron? ¿Liberadoras o, por el contrario, falsas, peligrosas y, en último término, esclavizantes? Esto aún es materia de controversia para los aficionados a estudiar la historia del comunismo y es probable que el debate continúe en toda su intensidad durante mucho tiempo. Mi impresión personal de esas palabras es que fueron invariablemente frenéticas.

¿Y qué ocurre con las de Marx? ¿Sirvieron para iluminar todo un plano oculto de los mecanismos sociales, o fueron sólo el opaco germen de todos los terribles *gulags* consi-

guientes? No lo sé: lo más probable es que hayan sido ambas cosas a la vez.

¿Y las de Freud? ¿Revelaron el cosmos secreto del alma humana, o no fueron sino fuente de la ilusión que ahora obnubila a la mitad de Norteamérica, de que es posible librarse de los tormentos y la culpa haciéndolos interpretar por un especialista bien remunerado?

Pero quisiera ir más lejos, y plantear una pregunta aún más desafiante: ¿cuál es la verdadera naturaleza de las palabras de Cristo? ¿Fueron el comienzo de una era de salvación, uno de los impulsos culturales más vigorosos en la historia del mundo, o constituyeron la fuente de cruzadas, inquisiciones, exterminios culturales en las Américas, y luego de toda la expansión de la raza blanca, cargada de tantas contradicciones y tantas consecuencias trágicas, entre ellas el hecho de que la mayor parte del mundo se viera relegada a la miserable condición que se conoce como el "Tercer Mundo"? Todavía tiendo a pensar que sus palabras pertenecen a la primera categoría, pero al mismo tiempo no puedo ignorar los innumerables libros que demuestran que, aun en su forma más pura y más nueva, en el cristianismo está inconscientemente codificado un elemento que, al unirse a mil y una otras circunstancias—entre ellas la relativa inmutabilidad de la naturaleza humana— podría de algún modo abrir espiritualmente el camino aun al género de horrores que he mencionado.

Las palabras pueden también tener historia.

Hubo una época, por ejemplo, en que para generaciones enteras de los pisoteados y los oprimidos, la palabra socialismo era sinónimo enfervorizador de un mundo justo; una era en que, por el ideal contenido en esa palabra, las personas eran capaces de sacrificar años y años de su vida, y aun ésta íntegramente. No sé lo que ocurrirá en vuestro país, pero en el mío esa palabra en particular, "socialismo", se convirtió hace mucho tiempo en mero garrote que emplean día y noche ciertos burócratas cínicos y oportunistas con-

tra sus conciudadanos partidarios de la libertad, calificándolos de "enemigos" de él y de "fuerzas antisocialistas". Es un hecho: en mi país, desde hace decenios, no ha sido más que un conjuro que debe evitarse si uno no quiere parecer sospechoso. Hace poco estuve en una manifestación absolutamente espontánea, no organizada por los disidentes, en protesta por la venta de uno de los sectores más hermosos de Praga a unos millonarios australianos. Uno de los oradores, que condenaba en tono airado el proyecto, quiso dar fuerza a su llamamiento al gobierno declarando que luchaba por su hogar en nombre del socialismo, y la multitud prorrumpió en carcajadas. No porque tenga nada contra un orden social justo, sino sencillamente porque acababa de oír una palabra que ha pronunciado como sortilegio por años y años, en todos los contextos posibles e imposibles, un régimen que sólo sabe manipular y humillar al pueblo.

¡Qué extraño destino puede tocar a ciertas palabras! En determinado momento de la historia, puede arrojarse a prisión a personas valerosas y amantes de la libertad porque una palabra significa algo para ellos; y en otro momento, las mismas personas pueden verse en la cárcel porque esa palabra ha dejado de tener significado para ellas, porque se ha transformado de símbolo de un mundo mejor en palabrería hueca de un dictador estúpido.

Ninguna palabra, al menos en el sentido metafórico en que empleo aquí el término *palabra*, tiene sólo el significado que le atribuye un diccionario etimológico. El de cada una de ellas refleja además a la persona que la pronuncia, la situación en que se emplea, y los motivos para hacerlo. Una misma palabra puede, en un momento, irradiar grandes esperanzas, y en otro emitir rayos mortales. Puede ser verdadera en un momento y falsa al siguiente, iluminar por un instante y oscurecer enseguida. En determinada ocasión puede abrir horizontes gloriosos, y en otra abrir el camino hacia un archipiélago entero de campos de concentración. Una misma palabra puede ser un tiempo la piedra angular de la

paz, y luego hacer resonar en cada una de sus sílabas el fuego de las ametralladoras.

Gorbachov quiere salvar al socialismo a través de la economía de mercado y la libertad de expresión, mientras Li Peng lo protege masacrando estudiantes, y Ceausescu asesinando al pueblo y arrasando sus casas con *bulldozers*. ¿Qué significa realmente esa palabra en boca de uno y en la de los otros dos? ¿Qué es esta cosa misteriosa que se intenta rescatar de manera tan diferente?

Hablé de la Revolución Francesa y de la grandiosa declaración que la acompaña. Ese documento fue firmado por un señor que luego estuvo entre los primeros en ser ejecutados en nombre de ese texto sublimemente humano. Cientos, tal vez miles, lo siguieron. *Liberté, Egalité, Fraternité*: ¡qué palabras soberbias! Y qué aterrador puede hacerse su significado. Libertad: poder desabotonarse la camisa antes de la ejecución. Igualdad: la velocidad constante de la guillotina al caer sobre los cuellos. Fraternidad: ¡un dudoso paraíso gobernado por un Ser Supremo!

En el mundo resuena actualmente la palabra gloriosamente promisorio *perestroika*. Todos pensamos que en ella se contiene la esperanza para Europa y para el mundo entero.

Debo reconocer, de cualquier modo, que suelo estremecerme ante la idea de que esta palabra pueda convertirse en un conjuro más, y que termine siendo otro garrote con que alguien nos golpee. No pienso en mi país: cuando la pronuncian nuestros gobernantes, significa más o menos lo mismo que las palabras "nuestro monarca" dichas por el soldado Schweik. No; lo que tengo en mente es el hecho de que aun el hombre intrépido que ahora sesiona ocasionalmente en el Kremlin, y quizás sólo por desesperación, acusa a los mineros en huelga, a las repúblicas o minorías nacionales insurrectas, o a quienes son una minoría demasiado desusada o defienden a minorías nacionales, o a los que tienen opiniones minoritarias demasiado inusitadas, de "poner en peligro la *perestroika*". Me pongo en su lugar. Cumplir la enorme tarea que se ha impuesto es terriblemente difícil. Todo



"Protesta", de Vaclav Havel, en el Public Theater de Nueva York, dirección de Lee Grant. Foto: Martha Swope.

pende del más delgado de los hilos, y prácticamente cualquier cosa puede cortarlo. Si eso ocurriera, todos caeríamos al abismo. Pero aun así no puedo evitar preguntarme si todo este "nuevo pensamiento" no contendrá alguna inquietante reliquia del antiguo. ¿No hay en él algunos ecos del anterior pensamiento estereotipado y de los ritos verbales del *ancien régime*? ¿No comienza la palabra *perestroika* a parecerse a la palabra socialismo, especialmente en las raras ocasiones en que se la esgrime con disimulo contra los mismos que durante tanto tiempo fueron injustamente fustigados con esta última?

Vuestro país hizo un gran aporte a la historia moderna europea. Me refiero a la primera ola de la *détente*: la famosa *Ostpolitik*.

Pero hasta esa palabra conseguía en ocasiones ser resuelta y verdaderamente ambigua. Significó, desde luego, el primer destello de esperanza para quienes anhelaban una Europa sin guerras frías ni cortinas de hierro. Pero al mismo tiempo, desgraciadamente, hubo ocasiones en que significó el abandono de la libertad, condición básica de toda paz

verdadera. Aún recuerdo vívidamente que, al comienzo del decenio de 1970, muchos de mis colegas y amigos oestealemanes me evitaban por temor a que el contacto conmigo —persona que había perdido el favor del gobierno de este país— pudiera enfadar innecesariamente a ese gobierno y con ello poner en peligro la aún precaria *détente*. Naturalmente, no lo menciono exclusivamente por mí, ni menos por autocompasión. Después de todo, aun en esos días, era más bien yo quien los compadecía, pues no era yo sino ellos quienes renunciaban voluntariamente a su libertad. Lo digo sólo para demostrar una vez más, desde otra perspectiva, lo fácil que es que una causa bienintencionada se convierta en traición de sus propios fines, y una vez más debido a una palabra cuyo significado no parece haberse mantenido bajo observación cuidadosa. Puede ocurrir tan fácilmente algo así que prácticamente lo toma a uno desprevenido: sucede imperceptible, silenciosa, furtivamente; y cuando por fin nos damos cuenta, sólo nos queda una opción: el desconcierto tardío.

Como fuere, ésa es justamente la manera perversa en que las palabras son capaces de traicionarnos, a menos que siempre seamos cuidadosos en su empleo. Y con frecuencia, aun el lapsus más pequeño y momentáneo tiene consecuencias trágicas e irreparables, que trascienden con mucho el mundo inmaterial de las meras palabras y penetran profundamente en otro que es material en demasía.

Me acerco, finalmente, a esa bella palabra, "paz".

Desde hace 40 años, la leo en el frontis de todos los edificios y en cada vitrina de mi país. En ese lapso he llegado a contraer una alergia a esa hermosa palabra, como ha ocurrido a todos mis conciudadanos, porque sé y sabemos lo que ella ha significado aquí en los últimos 40 años: ejércitos cada vez más poderosos, pretendidamente para defender la paz.

A pesar del largo proceso de despojar sistemáticamente de todo significado a la palabra paz —peor, de investirla de un significado opuesto al que da el diccionario—, muchos Quijotes de la Carta 77 y varios de sus colegas más jóvenes de la Asociación Independiente por la Paz han conseguido rehabilitar la palabra y restablecer su contenido original. Sin embargo, debieron naturalmente pagar un precio por su "*perestroika* semántica" —esto es, por poner una vez más sobre sus pies la palabra "paz": casi todos los jóvenes que encabezaron la AIP fueron obligados a pasar algunos meses en la cárcel por sus desvelos. Pero valió la pena. Se rescató una palabra importante de la degradación total. Y no es sólo cuestión de salvar una palabra, como he intentado explicar a lo largo de mi discurso. Se ha salvado algo mucho más importante.

El asunto es que todos los sucesos que tienen gravitación en el mundo real, ya sean admirables o monstruosos, comienzan siempre en el ámbito de las palabras.

Como ya he dicho, mi intención es hoy no transmitirles la experiencia de quien ha aprendido que las palabras todavía cuentan si aún se puede terminar en la cárcel por ellas.

Mi propósito es compartir con ustedes otra lección que hemos aprendido en este rincón del mundo sobre la importancia de las palabras. Estoy convencido de que la misma es de aplicación universal: específicamente, que siempre es útil ser suspicaz frente a las palabras y tener cuidado con ellas, y que nuestra cautela ante ellas nunca será excesiva.

No cabe duda de que la desconfianza frente a las palabras es menos nociva que la confianza infundada en ellas.

Además desconfiar de las palabras y condenarlas por los horrores que puedan estar latentes y a sus anchas en ellas, ¿no es acaso, y después de todo, la verdadera vocación del intelectual? Recuerdo que André Glucksmann, el estimado colega que me precedió hoy en esta sala, habló una vez en Praga de la necesidad de que los intelectuales emulen a Casandra: que escuchen atentamente las palabras de los poderosos, que las vigilen, que adviertan con antelación de sus peligros y que denuncien sus implicaciones siniestras o el mal que pueden invocar.

Hay algo que no debe escapar a nuestra atención, y se refiere al hecho de que durante siglos, nosotros, checoslovacos y alemanes, tuvimos toda clase de problemas para vivir juntos en Europa central. No puedo hablar por ustedes, pero creo poder decir con justeza que en lo que a los checoslovacos respecta, las antiguas animosidades, prejuicios y pasiones, constantemente alimentadas y atizadas a lo largo de los siglos, se han evaporado en el curso de los últimos decenios. Y de ningún modo es casualidad que esto haya ocurrido en un momento en que nos hallábamos abrumados por un régimen totalitario. Gracias a él hemos concebido una profunda desconfianza frente a todas las generalizaciones, charlatanerías ideológicas, clisés, consignas, estereotipos intelectuales e intentos insidiosos de manipularnos en diversos niveles emocionales, desde los más elevados a los más bajos. El resultado es que ahora somos en gran medida inmunes a las incitaciones hipnotizadoras, aun las del género tradicionalmente persuasivo de lo nacional o nacionalista. La bruma

sofocante de palabras huecas que nos ha agobiado durante tanto tiempo cultivó en nosotros una desconfianza tan profunda frente al mundo de las palabras mentirosas que ahora estamos mejor capacitados que nunca para ver el mundo como en verdad es: una comunidad compleja de miles de millones de seres humanos individuales y únicos, en los que cientos de atributos hermanos coexisten con centenares de defectos y tendencias negativas. Nunca debe aglutinárseles en una masa homogénea bajo una capa de clisés vacíos y palabras estériles, para luego, en bloque –como “clases”, “naciones” o “fuerzas políticas”–, ensalzarlos o condenarlos, amarlos u odiarlos, vilipendiarlos o glorificarlos.

Este es sólo un pequeño ejemplo de las ventajas de manejar las palabras con cautela. Lo escogí especialmente para la ocasión, esto es, para el momento en que un checo tiene el honor de dirigirse a un público mayoritariamente alemán.

En el comienzo de todo está el verbo, la palabra.

Se trata de un milagro al que debemos el hecho de que seamos humanos.

Pero al mismo tiempo, es una trampa y una prueba, una celada y una tarea.

Más aún, quizás, de lo que les parece a ustedes, que tienen una enorme libertad de expresión, y que por tanto pueden pensar que las palabras no son tan importantes.

Pero lo son.

Son importantes en todas partes. Una misma palabra puede ser humilde en un momento y arrogante al siguiente. Y una palabra humilde puede transformarse muy fácil e imperceptiblemente en altiva, mientras que convertir una arrogante en modesta es un proceso muy difícil y prolongado. Intenté demostrarlo refiriéndome a la suerte que corrió en mi país la palabra “paz”.

Al acercarnos al fin del segundo milenio, el mundo, y especialmente Europa, se encuentra en una encrucijada singular. Hacía mucho tiempo que no teníamos tantos fundamentos para esperar que todo resulte bien. Al mismo tiempo, jamás ha habido tantas ra-

zones para temer que si las cosas salen mal la catástrofe sería definitiva.

No es difícil demostrar que las principales amenazas que encara el mundo actual, desde la guerra atómica y el desastre ecológico hasta la catástrofe social y civilizacional –me refiero al abismo creciente entre personas y países pobres y ricos– tienen oculta en su interior una sola causa básica: la transformación imperceptible de lo que fue inicialmente un mensaje humilde en otro arrogante.

De manera arrogante, el Hombre comenzó a pensar que, como pináculo y señor de la creación, había alcanzado una comprensión absoluta de la naturaleza y podía hacer lo que quisiera con ella.

Del mismo modo, se dijo que como poseedor de la razón era capaz de comprender íntegramente su historia, y por tanto de planificar una vida de felicidad para todos. Esto le confería hasta el derecho, en nombre de un futuro supuestamente mejor –cuya clave única y exclusiva había encontrado–, de barrer de su camino a quienes no creyeran en su plan.

Con arrogancia, dio en pensar que como era capaz de fisionar el átomo, había alcanzado tal perfección que ya no había peligro de rivalidades nucleares, menos aún de guerra atómica.

En todos estos casos, se equivocaba fatalmente. Eso es muy malo. Pero en todos ellos, comienza a darse cuenta de su error. Y eso es bueno.

Habiendo aprendido estas lecciones, debemos luchar juntos contra las palabras arrogantes, y estar atentos a cualquier germen de arrogancia en palabras que son en apariencia humildes. Esta no es sólo una tarea lingüística. La responsabilidad por y hacia las palabras es una labor intrínsecamente ética.

Como tal, sin embargo, se sitúa más allá del horizonte del mundo visible, en ese ámbito en que habita el Verbo, la palabra, que fue en el comienzo y no es la palabra del Hombre.

No explicaré por qué es así. Lo explicó mucho mejor de lo que yo podría hacerlo vuestro gran antepasado Immanuel Kant. *